

Maria de Lourdes BORGES DUARTE, *Ração e emoção em Kant*, Pelotas, Editora Universitária, Coleção Dissertatio de Filosofia, 2012.

Esta monografía de la profesora de la Universidade Federal de Santa Catarina (Brasil), Maria de Lourdes Borges Duarte, ofrece uno de los estudios recientes más consistentes acerca de la interacción existente en la fundamentación kantiana de la ética entre la razón y las emociones, esto es, el campo de la acuñada por Robert Louden como *impure ethics* en su ya clásica obra, que supone una de las vertientes con mayor proyección en la actual investigación del pensamiento kantiano. Se trata de un auténtico ‘campo minado’, debido a los numerosos obstáculos y dificultades que supone para la imagen quizás excesivamente formalista y abstracta que se ha venido difundiendo de la noción kantiana de moralidad, un territorio en el que la profesora Borges se adentra sin embargo con originalidad, frescura y acierto, logrando suministrar una concepción de la naturaleza humana en la que el reconocimiento del deber y la fuerza movilizadora de las emociones se reparten las esferas de influencia sin que ello introduzca ninguna incoherencia. El ensayo invita al lector a aproximarse a una idea de ser humano que no ahorra ninguna de las fricciones empíricas que la psicología empírica opone a la constitución de una metafísica de las costumbres, dibujando así el itinerario mediante el cual Kant elabora un sistema ético en el que la forma aspira a someter a su dominio a la materia de las emociones, sin pretender disolverlas o hacer abstracción de las mismas, siguiendo la máxima estoica,

que siempre parecerá exagerada y algo miope al pensador de Königsberg.

El punto de partida de Borges es una expresa disconformidad con el principio de “opacidad del mecanismo nouménico” de la agencia libre humana expresado por Karl Ameriks (35), cuyos fundamentos se pretenden justamente visibilizar. Desde este punto de vista, la verdadera medida del estudio viene dada por la tensión indisoluble entre el reconocimiento de la ley moral por parte del sujeto y el repertorio de móviles que le impulsan a realizar efectivamente la acción debida. Así, pues, la fragilidad de la voluntad se revela como el fenómeno introductorio que conduce a la discusión acerca de lo que quizás no sea otra cosa que unión indisoluble entre razón y emociones. El siguiente paso del ensayo procede a una evaluación general de la teoría de la acción en Kant, cuyo momento de mayor intensidad argumentativa consiste en el debate en torno a la “tesis de la incorporación” (45), originalmente expuesta por Henri Allison en 1989, cuyo cometido sería determinar la relación que se establece entre móviles y acciones. Borges se sirve oportunamente en esta sección de la monografía de la polémica mantenida por Allison con Marcia Baron en torno a esta propuesta, a la que el primero contestará en 1996 con *Idealism and Freedom*. El punto de discrepancia remite precisamente a la dificultad para encajar en la tesis enunciada la fragilidad de la voluntad, uno de los tres grados de la malignidad de la que es susceptible el ser humano según el *Religionsschrift*, toda vez que en ella pareciera que el sujeto se sorprende negativamente por haber traicionado una decisión por la que en principio habría

tomado partido. Borges recorre con lucidez y en apenas unas páginas, sin perder por ello rigor en la exposición, los distintos pasos de esta discusión, señalando que Allison entiende la fragilidad del querer en los términos de un autoengaño padecido por el sujeto (48), que conduce a la capacidad de éste para penetrar en sus propias máximas. Aquí la principal interlocutora será Onora O'Neill y su consideración de que, nuevamente en polémica con Allison, si bien el ser humano puede dominar lo que conoce de sus propias intenciones, sin embargo no siempre puede controlar la adopción de sus máximas. ¿De qué es indicio este hiato entre intención y máxima, reconocible en la propia obra de Kant? Y, lo que parece más importante, ¿los mecanismos de universalización de la máxima pueden reducir o incluso eliminar tal dicotomía? Como una tercera evidencia, las *rules of moral salience* (64), tematizadas por Barbara Herman, señalarían en dirección hacia algo así como un *moral sense*, cercano a la exploración moral por parte de los empiristas, que sería de alguna manera previo al propio procedimiento de averiguación de la corrección de la máxima. Una suerte de juicio práctico común, que colorea el mundo circundante con caracteres éticos y que debe presuponerse como condición para la evaluación de la corrección o incorrección moral de una acción concreta. Este conjunto de cuestiones apuntan en conjunto a una misma sospecha, a saber, la presencia subterránea de una vida anímica –de un mundo de la vida estaríamos tentados a afirmar–, previos a la mostración de la ley moral, de los que la ética no puede prescindir, sobre todo si aspira a verse encarnada en acciones efectivamente realizadas por deber.

Borges sostiene que el hallazgo de los motores emocionales del ánimo acontece progresivamente para Kant, que en el periodo crítico reconoce a la psicología empírica un refugio provisional en el edificio de la metafísica, aun reconociendo que ninguna sistematicidad podría derivarse de las observaciones reunidas por aquella eterna aspirante a ciencia. Obras como la *Antropología en sentido pragmático* de 1798 ponen en evidencia rasgos empíricos asociados al ejercicio que el sujeto realiza de su propia libertad y, ya en 1797, con la publicación de la *Metafísica de las costumbres*, se advierte que la antroponomía requiere un conocimiento cabal del ser racional finito, pero además sensible, que es el ser humano (77). No hay en efecto deberes de virtud sin tomar en consideración la especificidad de la naturaleza humana, lo que conduce a la autora a sostener abiertamente que “[l]a parte pura y la parte impura de la ética kantiana son ambas necesarias y complementarias” (82). Con el fin de rastrear la relación compleja entre ambas se propone atender especialmente por de pronto a la exhortación kantiana a cultivar sentimientos como la simpatía que naturalmente sienten mutuamente los seres humanos, sobre todo en situaciones extremas que suscitan la compasión. Otros fenómenos a los que se aconseja dirigir la atención es la conveniencia, subrayada por Kant en la *Doctrina de la virtud* de la *Metafísica de las costumbres*, de trabajar una serie de prenociones estéticas que incrementen la recepción de la idea de deber en el ánimo. Finalmente, se propone someter a análisis el margen de control de las emociones que le cabe poner en marcha al ser humano sin caer en

extremismos de raigambre estoica. En los dos primeros casos, tanto la simpatía como las prenociones estéticas de la moralidad (sentimiento moral, conciencia, amor al prójimo, respeto de sí y autoestima) no compiten con la ley moral con el propósito de ocupar el lugar del supremo principio ético, sino que, bien al contrario, actúan, allí donde no se da una voluntad angélica, como apoyos subsidiarios que coadyuvan al cumplimiento de lo correcto en sentido moral. La posibilidad de entender lo bello como símbolo de la moralidad en la *Crítica del Juicio*, observa Borges, inaugura un punto de vista que desembocaría en la práctica estética de las costumbres morales como contribución al arraigo de la moral en la propia sociedad (137). Si tales sentimientos se independizasen del dominio de la razón se convertirían en ciegos (90) y comportarían graves perjuicios para el perfeccionamiento moral del individuo.

Borges recupera debates como el surgido entre Herman –y también Korsgaard– y Henson en torno a la pluralidad de los motores anímicos para señalar que sentimientos como la simpatía pueden desempeñar un papel positivo, nada corrosivo para la moralidad, con arreglo a la sistematización más compleja de la ética kantiana que contiene la obra de 1797, en la que –como Borges sugiere– parece emerger una “idea de control racional y cultivo” de sentimientos semejantes. No en vano, la simpatía, como la gratitud y la beneficencia, aparecen en la *Doctrina de la virtud* como deberes de amor que facilitan la disposición del ánimo para la virtud (106-107), a saber, como una “moralidad *faute de mieux*” (113), por decirlo, como la autora, con

Nancy Sherman, a pesar de que esta estudiosa, como ocurre también con Marcia Baron, defiende un excesivo ascendente de las emociones sobre la conciencia del deber. A diferencia de la *humanitas aesthetica*, la *humanitas practica* se encuentra en todo momento bajo la guía de la razón, precisa Borges, con acierto a nuestro entender, pues “[l]as emociones no nos permiten cuándo y cómo aplicar principios morales” (115). Por lo tanto, el tratamiento de sentimientos, inclinaciones y pasiones en la *Doctrina de la virtud* no incurriría en contradicción alguna con la argumentación seguida en la *Fundamentación*, dado que el valor del cultivo de tales motores subjetivos únicamente puede decidirlo la razón (124).

Finalmente, la autora procede a describir una suerte de mapa de las emociones en la ética impura kantiana, lo que arroja el saldo de que la emoción constituye una suerte de *continuum* que cubre fenómenos tanto pasivos como activos del sujeto. Así, la emoción afectaría tanto al ser humano entendido como *anima*, como *mens* y como *animus*, en una gradación que da cuenta de su amplitud y alcance. Naturalmente que las emociones contarán con un mayor ascendente en el plano del *anima*, como ocurre con la rabia y el temor, menos interesantes para el ejercicio de la moralidad que la simpatía, pero el error provendría del sometimiento de estos resortes a un único modelo o patrón (153, 171-172). Borges concluye de la mano de este estudio de lo emocional en la ética kantiana, que el ámbito de lo voluntario es en Kant más amplio que el de la acción racional (175), a saber, una tesis que ya sostuviera Aristóteles en el libro III de la *Ética Nicomaquea*,

si bien Kant deduce de esta afirmación un parecer contrario al habitual en el mundo griego, haciendo de la virtud el esfuerzo constante por combatir la influencia de las inclinaciones. Y la consumación de tal propósito puede requerir en algunas ocasiones hacer de los afectos una suerte de dispositivo preparatorio para la encarnación más auténtica de la moralidad. La monografía viene a ocupar un lugar relevante en los estudios en lengua portuguesa que exploran los misteriosos territorios de la *ética impura* de Kant, tan perspicaz acerca de las debilidades e ilusiones que padece la naturaleza humana cuando se deja arrastrar por el sueño de la omnipotencia práctica.

Nuria Sánchez
Madrid (UCM)